



Evgueni Zamiatin

SOLO

MALDOROR ediciones



Evgueni Zamiatin

SOLO

Traducción:

Jorge Segovia y Violetta Beck

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Odin

Ripol Klassik, 1987

© Primera edición: 2009

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-90-6

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

~~SOLO~~

I

Días sofocantes y mudos. En el silencio opaco –como jirones de nubes en la luz muerta de la luna– se deslizan días incomprensibles. ¿Lentamente, o locamente raudos? O bien se han detenido por completo.

Han resplandecido un instante como el cielo frío, azul: se apresuran, más rápido, hacia aquellos que son felices. Y después, sobre los tejados blancos, brillantes –allá abajo detrás de los barrotes– trepan manchas negras, como sobre un cadáver putrefacto, cada vez más lejos. Y las neblinas se abaten desde lo alto –pesadas, sofocantes–: como un vértigo febril.

Se han apretado contra el muro gris, lo golpean...

“Ah, que llegue la noche, pronto...”

Y la noche amenaza a lo lejos, ya ha desplegado su negro estandarte. Los últimos rayos se han estremecido, asustados, se han inyectado de sangre, han caído en el abismo. Las tinieblas han saltado alegremente de allá abajo, las sombras se deslizan a derecha e izquierda, y, tras ellas, corre el terror.

Una pesadilla negra.

La tempestad se ha aferrado a los barrotes, golpea la ventana, solloza en las frías tinieblas.

Abajo, bajo él, bajo sus pies, alguien camina. Se mueve durante noches enteras –de acá para allá– sin fin.

“¿Por qué no duerme nunca?”

La oscuridad se estremece, susurra una idea espantosa.

“¿Quizá está ya loco y por eso no deja de moverse ahí abajo?”

Camina todo el tiempo, ignorado, de acá para allá: noches enteras.

Sin fin. El sol no se pondrá jamás. Él seguirá caminando –eternamente, horrorizado, abajo...

Y de pronto: se ha callado –noche oscura, espesa.

“¿Dónde está? ¿Muerto? ¿Lo han llevado?”

Las paredes en torno se callan.

* * *

Un féretro vacío abajo. Las paredes en torno, mudas. Como ciegos torbellinos en la oscuridad –locos pensamientos.

Caminar, caminar todo el tiempo...

“Como el otro, que estaba abajo. Y después lo llevarán de la misma manera –¿de noche?”

Siete pasos, siete pasos. Las paredes se agolpan, se persiguen. Comienzan a transparentarse antiguas inscripciones. Nombres de personas olvidadas, casi borrados, poemas, afligidos –sollozos en la piedra fría.

¿Quién los ha escrito? ¿Dónde están ahora, dónde están sus tormentos?

Detrás de la ventana –campanas: suenan, lloran, en alguna parte a lo lejos, apenas se oyen.

Allá, a lo lejos –el mundo extraño, enorme. La gente –camina, se afana, habla, se sacia de los pensamientos de unos y otros. ¡La gente!

El corazón martillea las frías paredes, sofocándose, la busca, como el aire... ¡A la gente!

Calma. Un féretro vacío abajo. Las paredes en torno, mudas. Apenas se oyen las campanas que suenan, que lloran: la mañana, ya.

El amanecer ha anudado en los barrotes sus rayos largos, pálidos, y ha suspendido un delgado hilo de lluvia sobre el patio de la prisión.

“Ahora caminan ahí. ¡Ir hacia ellos, hacia ellos!”

* * *

Allí, abajo –son dieciséis. Encerrados en dieciséis jaulas. Arriba se ven sombras pesadas, húmedas –procedentes de los muros de piedra. Ni un ruido, ni una palabra. Calma –como si no hubiese ahí personas vivas.

Un rostro surge como una mancha incierta, y en él dos puntos negros –los ojos. Apareció –desapareció.

Se mueven de un lado a otro. De acá para allá. Dan vueltas como animales salvajes, corren cada vez más rápido. Hacia ninguna parte –de acá para allá...

Ya no quedan fuerzas para caminar y golpear sus ideas contra las paredes, la puerta, los barrotes –están de pie, apoyados contra el recinto, y miran hacia arriba.

Un pequeño jirón cuadrado de cielo les es arrojado: no pudieron encerrarlo. Las nubes miran hacia abajo, des-
apacibles, y bogan más lejos. Se alejan de los muros, -ahí
donde, también ellos, a los que han atrapado, han vivido
antaño.

Y la sed de vida que dormita en el entumecimiento se des-
pierta, desgarrar las cadenas y los yugos, y se golpea inun-
dándose de sangre.

¡Escucha! Las manchas pálidas en las ventanas -¡allá
abajo, allá abajo! Hay camaradas. ¿Lo entendéis? Se preci-
pitan hacia ellos y les tienden los brazos -los llaman...
Pero ellos no pueden responder y desahogarse de todo
eso que los sofoca, y sin embargo qué ganas de gritar y de
golpearse la cabeza contra las paredes.

Se han detenido. Con una ávida mirada se aferran a los
barrotes y buscan a alguien detrás, y golpean los cristales
oscuros...

Inmóvil y silencioso, el cielo mira hacia abajo.

* * *

Súbitamente todos los pensamientos se han desgarrado.
Y todo está muerto alrededor: sólo el vacío -y en el inte-
rior caen los ruidos, afilados, claros.

“¡Toc-toc! ¡Toc-toc-toc!”

Abajo... Allá abajo, alguien vivo, abajo.

Cerca del tubo esta vez. El corazón ha comenzado a latir

como un loco y sale al encuentro. No respirar. No respirar. Suavemente. El vapor zumba en el tubo.

Y de nuevo: “¡toc-toc!”. El silencio es desgarrado como un relámpago.

En un torbellino de alegría los pensamientos se enredan y bailan.

No recordar las cartas.

“Escucho.

- “¡Toc!” Que llega hasta abajo, el tubo tembló con todo su cuerpo.

Ganas de gritar de alegría. El otro ha comprendido, abajo, ¡él ha comprendido!

“¿Quién eres, camarada?”

Se calla. ¿Qué tiene que callarse?

“¡Chisst! Responde...”

Sonidos temblorosos, cortados. Se enredan, imposible precisarlos. ¿Y si yo no comprendiera?

El corazón se desprende y se hiela.

¡No, no! Hay que anotar...

Series de cifras incomprensibles se alargan. En el interior están arrojadas las palabras humanas, duermen como hojas en las yemas. Se alargan sin cesar... pronto van a desarrollarse, y con ellas -la primavera y el sol-oro.

“¡Ding, ding!”

El tubo resuena alegremente. Las palabras ascienden corriendo a lo largo del mismo como chispas, pequeñas serpientes ardorosas han impregnado -de arriba abajo- todo el silencio: se ha coagulado, asustado, en su velo gris, se aleja...

¡Cuántas son... doce palabras!

El papel tiembla en las manos. Hay que ponerlo sobre la mesa para leer.

“Soy obrero Aleksandr Tifléiev arrestado 20 diciembre encerrado quinta galería salud camarada”.

Las campanas suenan cada vez más fuerte, cada vez más claramente.

Faltas y omisiones encantadoras, divertidas. Y sin embargo las mismas palabras no son secas ni librescas, sino vivas.

¡Salud camarada! ¡Oh, amigo mío!

Responder –lo antes posible. Hablar de lo que es nuevo, enorme, de lo que ha brotado, y de lo que es sombrío y sofocante, de lo que había antes, y de las esperanzas que nacen.

“Soy el ex estudiante Bielov. Estoy encerrado, sólo desde hace tres meses. Contento de encontrarte”.

Acabé y me sentí turbado: ¡no es eso, no es eso! Mil palabras estaban encadenadas día y noche; debían nacer ahora y no llegaban –me martilleaban y me atormentaban. Como en un sueño: hay que exhalar un grito, pero la lengua está muerta, extraña, inmóvil.

Y todavía, sin fin, hay que hablar mucho. Los pensamientos giran, caen al azar, como una hoja arrastrada por la tempestad.

Se han detenido.

“¿Por qué estás en prisión?

– He matado...”

El tubo ha respondido regularmente, tranquilamente.

Los pensamientos se han dejado ir. El desencanto acudió como una nube. ¿A un preso común?

“... a un chivato”, acabó el tubo.
¡De acuerdo! Surgió un relámpago luminoso de maldad y una alegre oleada de venganza se derramó del corazón...

* * *

Han apagado las lámparas. Un chapoteo de pasos en el pantano podrido del corredor. Un silbido ha restallado, expandiéndose como un hilo de agua fría. Una cerradura ha rechinado los dientes.

La calma había llegado, al parecer. Bielov se puso a golpear de manera apenas audible –como un susurro metálico.

“¿No duermes?”

– No tengo ganas. Pienso todo el tiempo.

– ¿En qué?

– En la manera en como entonces matamos al chivato”.

Y ambos se callan.

Bielov volvió a golpear suavemente.

“Cuenta. De todas formas no dormimos”.

Va a contar, va a contar largamente en la oscuridad. Bielov coge la manta de la cama y la echa en el suelo al lado del tubo, se acuesta.

La luna ha aparecido. Los rayos se han deslizado en la celda, ciegos, y no le han dado luz, sino solamente miedo: algo inasible, invisible entró en la celda y ronda allí, él escucha.

“Era de noche, comenzó Tifléiev. En el pueblo. Al lado del monasterio”.

Pronto las paredes se han cortado ante Bielov –blancas, silenciosas. He aquí un campanario –severo, de una altura angustiosa.

Se concentró alegremente: la anterior inmovilidad del alma había desaparecido –como si le hubiesen limpiado un espejo empañado. Cada palabra es como una campanada: imágenes claras y sonoras corren por todos los rincones, se alcanzan, caen...

“Ding. Ding-ding-ding”. Tifléiev golpea lentamente, pesadamente:

“El viento era fuerte”.

... Ding-ding-ding. Es el viento quien desgrana las campanillas –todas menudas, pequeñas, se agitan en la angustia y el miedo, como asustados pajarillos que se hundiesen en la nieve...

“Una reunión había sido decidida para la noche. Esperábamos a un camarada de la ciudad”.

... Como si hubieran derramado lo negro en el aire. Y abajo, arriba, un minúsculo fuego solitario, delicado: se han reunido en una pieza y esperan. Hablan y de nuevo se callan. Y miran impacientemente la noche profunda, acechan: ding-di-ing –el viento ulula...

“El chivato buscaba pelea. Iba a tomar un tren –el otro lo siguió”.

... Detrás –silencioso– como una sombra. Había ocultado su rostro de negras tinieblas –como si escondiese algo innoble, funesto. Cada vez más rápido... Y parece meterse ya en el desierto, y sólo son dos. Con un estruendo las

tinieblas pasan y silban en los oídos. A derecha e izquierda surgen chispas en la oscuridad –como locos pensamientos...

“Llegaron. Vino hacia nosotros, y el otro estaba de nuevo detrás”.

... La calle vacía. Los rayos de la luna se insinúan en las casas muertas, con los ojos cerrados, sonríen en la ventana húmeda, negra. Y repentinamente han dado un salto hacia atrás. Una larga sombra ha caído del campanario. Se esconden ambos en ella, uno del otro. Y a su encuentro el viento suena: ding-di-ing...

Bielov ya no escucha. Los rayos de la luna se lo impiden, hacen algo detrás, hay que mirar ahí abajo. Se ha levantado, se ha vuelto: una sombra pálida alcanza la pared, sin ruido, se mueve.

“¿De dónde viene, por qué?”

Mira, angustiado, detrás de él. Pero Tifléiev golpea vigorosa y regularmente –como si sus manos temblasen.

“¿Qué le ocurrió?” Aguarda.

“Lo amordazamos. Lo llevamos al bosque que hay cerca del monasterio”.

... Lo llevaron. Lo llevan en silencio a través del patio oscuro. Un perro ha ladrado: ha visto algo desconocido, inhumano, con una cabeza blanca, algo que palpita... En el bosque –miran en torno a ellos, avanzan irregularmente –las ramas crujen. Los rayos de la luna, ciegos, se dan contra los árboles –las largas sombras se arrastran, vacilan –a causa del viento...

“Lo dejamos en el suelo. Sólo uno propuso liberarlo”.

... El lugar más oscuro. Las encinas negras y húmedas

extendieron sus óseos brazos, que se inclinaron aún más. El viento acudió, se emboscó entre las ramas y se calmó. Y todos se callaron. Todos tenían un único pensamiento -tímidamente el más joven lo dijo. Y de nuevo se callaron. Y después todos se pusieron a hablar de repente, se movieron.

“No había ninguna cuerda. Y yo me puse a estrangularlo con un pañuelo”.

Golpeaba contra el tubo suave, lentamente. Sintió como Tifléiev le había contado aquello: inclinado, susurrando, con los ojos cada vez más abiertos.

“Y yo lo apagué”.

“¿Por qué apagué? ¿Por qué dice *apagué!*”.

Se sobresaltó. La palabra era extraña, tierna como el cuello de un hombre, sofocante...

Tifléiev se calla. Detrás de la ventana el viento ulula y se calla. Una mancha de la luna estaba en el suelo, empalidecía, entornaba sus ojos muertos que no ven, como el rostro de la víctima.